



E L D U E N D E V E R D E

EL VIOLÍN DE MEDIANOCHÉ

Jesús Ballaz



Ilustración: Bea Tormo

ANAYA

Para la explotación en el aula de este libro, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en nuestra web.

© Del texto: Jesús Ballaz, 2011

© De las ilustraciones: Bea Tormo, 2011

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, marzo 2011

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-667-9487-9

Depósito legal: M. 6164/2011

Impreso en Estudios Gráficos Europeos, S.A.

Polígono Industrial Nelsa Sur

Avda. Andalucía, km 10,300

28021 Madrid

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva **Ortografía de la lengua española**, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Jesús Ballaz

EL VIOLÍN DE MEDIANOCHE

Ilustración: Bea Tormo

Q U E R I D O L E C T O R

Imagínate que te ha arrastrado la corriente de un gran río. Miras a la orilla y te das cuenta de que la tienes cada vez más lejos. Cuando comprendes que tal vez no vas a conseguir salvarte, ves que baja un trono. Podrás agarrarte a él.

Arrastrado por el desbordado río de la vida, Andrei llega de Ucrania a España. Su única agarradera es su violín y las maravillosas melodías que es capaz de arrancar de sus cuerdas.

Pero no está desesperado. Persigue un sueño: ser un gran violinista reconocido en todo el mundo.

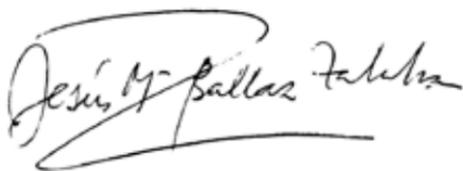
No puede comunicarse con nadie a través de las palabras de un idioma que no conoce. Además, debe evitarlo porque está indocumentado. Su lengua es la música, el lenguaje más acogedor, más universal y menos excluyente.

Andrei está solo pero se siente protegido por su música. Su única compañía es un misterioso perro verde. No puede dejar de tocar para su amigo cada noche cuando se marcha el vigilante del recinto donde después se tenderán a dormir juntos.

Pero la música tiene algo mágico que atrae. El joven violinista empieza a tener otros oyentes. Muchos de ellos no pueden pasar sin oír las maravillosas piezas que toca cada anochecer. Poco a poco se verán impulsados a ayudar al violinista que no se deja ver. ¿Habrà comenzado Andrei a lograr sus sueños?

He escrito esta historia por envidia. Si volviera a ser niño, estudiaría música. La música proporciona alegrías que ninguna otra cosa es capaz de producir y es una poderosa coraza contra la adversidad.

Si el protagonista de esta historia encontrara un solo imitador entre los lectores de este libro, daría por bien empleado el esfuerzo que me ha costado escribirla.

A handwritten signature in black ink, reading "Jesús M. Pallas Falcón". The signature is written in a cursive style with a large, sweeping flourish at the end.

*A Jan e Ibai, a Nil,
para que sigan creciendo
en una nube de música.*

1

ANDREI llevaba todo el día encerrado en su habitación. Dejó su violín sobre la cama con la ternura con que se deja a un bebé. Su música le producía una maravillosa excitación que le hacía olvidar su situación.

Salió a dar una vuelta. La nítida atmósfera de Añuri le curaba muchas heridas y le alentaba nuevas ilusiones.

Al pisar la calle, sin embargo, sintió el escalofrío del peligro. Podían atraparlo.

Pero no se detuvo; necesitaba el aire libre para sentirse vivo.

Era media tarde.

Nadie hubiera dicho al verle, tan niño y tan frágil, que llevaba la cabeza llena de acordes. Su mirada azul cargada de melancolía parecía concentrarse en algún grave problema que le preocupaba más de lo que puede resistir alguien de su edad.

Empezó a caminar como si fuera huyendo.

Pero ¿de qué huía? De un pasado gris y pobre, de los miedos de su madre a que toda su familia siguiera atrapada en la miseria y en la mediocridad, de la tristeza...

Andrei estaba dispuesto a todo por ser violinista. ¡A todo, lo que se dice a todo! Esa era su pasión, el viento que lo llevaba. No le iba fallar el entusiasmo ni el trabajo...

Miraba hacia atrás a menudo. Temía que le fueran pisando los talones. Cualquier ruido, un ligero silbido, unas voces demasiado altas, el brusco frenazo de un coche, todo le alarmaba.

Se detenía ante algunos escaparates pero ni siquiera los miraba. Prefería no ilusionarse con algo que no podría comprar.

Si se paraba, era solo para controlar con disimulo todos los movimientos de la calle. Tenía miedo. Lo delataban sus gestos, su caminar encogido y su recelosa mirada.

Antes de doblar una esquina, se asomaba a la calle a la que pretendía entrar. Más de una vez volvía sobre sus pasos.

En cuanto oía o veía uno de los coches de la policía, se colocaba de espaldas para que no le vieran la cara.

Como si fuera un ladrón.

Sin embargo, nadie hubiera dicho que veía en Andrei a un quinqui. Más bien lo contrario: era un chico serio. Incluso demasiado responsable para su edad.

A sus once años ya tenía un proyecto para su vida y una inquebrantable voluntad de luchar por él.

Espigado, rubio, de modales elegantes, vestía unos vaqueros desgastados y una camiseta roja un poco descolorida con una gran clave de sol sobre el pecho.

Eludiendo policías y lugares concurridos, siguió un laberíntico camino hasta la calle Mayor.

Se detuvo ante un viejo edificio de piedra remodelado, una construcción señorial entre modernos edificios sin historia. Levantó la vista. Una placa de metal clavada junto a su gran portalón de madera decía: «*Escuela de Música. Antiguo Casón de los marqueses de Valdeclara, 1757*».

Ese lugar atraía a Andrei como un poderoso imán. No había día que no le hiciera una visita. Para él era mágico. El contacto con esas viejas piedras que rezumaban música le trasmitía una poderosa energía que le ayudaba a mantener viva su ilusión.

Apoyado en la pared, cerró los ojos y se imaginó que una de aquellas piezas que estaba oyendo

salía de su violín. ¡Le hubiera gustado tanto pisar las aulas de aquella escuela...! Pero, de momento, no podía permitírselo.

De pronto, en el segundo piso vio abrirse lentamente una ventana.

Se asomó una niña de cabellos negros y cara alargada. Llevaba gafitas redondas, una blusa lila y, en sus brazos, una guitarra. Saludó con la mano a alguien de la calle y gritó:

—Espérame, Leire.

Andrei miró a su alrededor para adivinar a quién saludaba. Los peatones más cercanos eran dos señoras que arrastraban su carrito de la compra y una niña delgadita y menuda, que hizo una señal con la mano y siguió hacia la cercana plaza de San Francisco.

La música de violín que brotaba del primer piso caía como una suave cascada y se hundía en el interior de Andrei. También se oían las notas salvajes de un piano aporreado por alguien que empezaba.

El chico permanecía atrapado por el limpio sonido del violín.

Cuando terminó la pieza, se quedó inmóvil y en silencio.

Le hicieron volver en sí las voces de las niñas que reían en la plaza de San Francisco. Una de



ellas era la de la blusa lila que se había asomado a la ventana de la escuela de música. Le hubiera gustado saber también su nombre. La otra debía de ser Leire.

Necesitaba compartir risas como las suyas para que su vida no se pareciera a la de un encarcelado.

Se acercó a la esquina que daba a la plaza, pero no se atrevió a dirigirse hacia ellas. Su padre se lo había prohibido tajantemente:

—Sobre todo, no hables, con nadie; no digas quién eres ni de dónde vienes. Tampoco te van a entender... De momento, no nos conviene dejar pistas. Recuerda siempre que no tenemos papeles.

Su padre incluso le hubiera prohibido que tocara el violín para que no llamara la atención. Pero eso no podía exigírselo. Sería como pedirle que dejara de respirar.